



EL CONTRAPUNTO

ISABEL  
SAN SEBASTIÁN

## MENOS IGUALES QUE OTROS

Quienes piden olvido y perdón a las víctimas escarnecidas sin exigir a sus verdugos que paguen por lo que hicieron son cómplices de la banda

**L**A Ley es igual para todos, tal como acaba de recordarnos el Rey, lo que no significa que a todos se nos aplique por igual. Parafraseando a Orwell, digamos que a la hora de recurrir a ella unos son menos iguales que otros. La Ley, en un Estado de Derecho, debería ser la concreción normativa del concepto inherente al término Justicia. Ante situaciones como las que aquejan a millares de víctimas del terrorismo, hay que deducir que ese colectivo es menos «igual» que cualquiera de los que integran el conjunto de la sociedad española, incluyendo a los terroristas del hacha y el coche bomba.

Lo acaba de denunciar Maite Pagazaurtundúa con la firmeza imperturbable que la caracteriza: El cuarenta por ciento de los asesinatos cometidos por ETA después de 1977 podrían quedar impunes. Todos los anteriores a esa fecha (más de un centenar) les salieron gratis a los sicarios de la capucha, porque la democracia tuvo la «generosidad» de amnistiarles. De los perpetrados después, 134 han prescrito ya mientras 314 siguen sin resolverse. Y hablo únicamente de asesinatos. Si englobamos en esta lista infamante a todos los inocentes heri-

dos, amputados en el cuerpo o en el alma, golpeados de algún modo por el odio de los etarras convertido en violencia, la cifra asciende de manera considerable. Por ejemplo, entrarían en ella Irene Villa y su madre, María Jesús González, que jamás verán sentarse en el banquillo al responsable o responsables de todo el dolor que han padecido.

¿Qué le pasa a este país para tratar de ese modo a quienes dieron su vida o su felicidad por defender los derechos y la libertad de los demás? ¿Cómo podemos ser tan ingratos? ¿Qué clase de sangre circula por las venas de esta España?

He asistido a muchas manifestaciones de víctimas, todas ellas presididas por una misma reivindicación: Memoria, dignidad y justicia. He comprobado cómo iba descendiendo el número de participantes en esas marchas pacíficas, acaso porque la gente se cansa de exigir un imposible o acaso porque se van muriendo, ya que esta lucha, salvo excepciones tan escasas como honrosas, no parece interesar lo más mínimo a las nuevas generaciones. He compartido infinidad de lágrimas con padres, viudas y huérfanos. Jamás he oído un llamamiento a la venganza. Sí un clamor general en demanda de justicia.

Ahora que, nuevamente, planea en ciertos ambientes el fantasma de otro indulto masivo, aunque encubierto; que en los telediarios de la cadena pública y en los medios próximos al PSOE se nos repite machaconamente esa mentira del «final definitivo de la violencia», compatible, según los propagandistas de este simulacro de «paz», con las amenazas vertidas desde ciertos escaños del Congreso sobre la posibilidad de una «marcha atrás en el proceso», es hora de hablar claro y decir ¡basta!

Quienes piden olvido y perdón a las víctimas escarnecidas sin exigir a sus verdugos que paguen por lo que hicieron son cómplices de la banda. CÓMPLICES, como suena. Quienes fomentan la impunidad carecen de legitimidad para estar en la vida pública. De legitimidad y de conciencia. Quienes suscriben las palabras del Rey sobre la igualdad elemental de los ciudadanos ante la Ley tienen la obligación moral, y por supuesto política, de poner fin a este escarnio.